

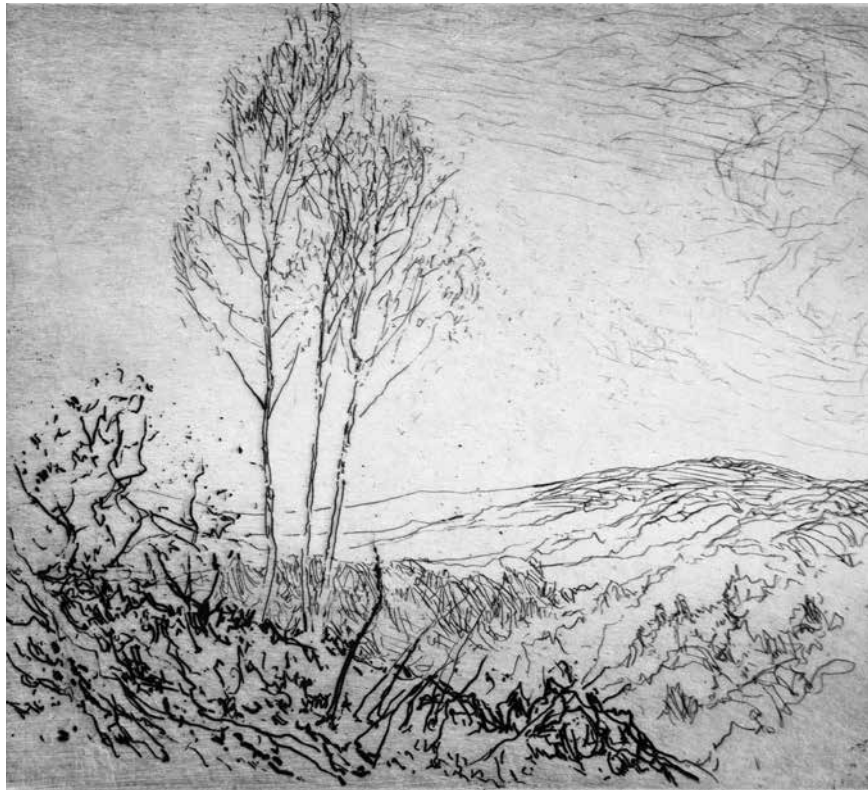
Una lección de filosofía

Roger van de Velde

BAJO EL SAÚCO DEL JARDÍN, hablé con Casimir sobre la felicidad.

Casimir tenía el récord absoluto de estancia en el asilo: treinta y dos años. Era de origen búlgaro y su delito resultaba tan desconcertante que muy pocos lo conocían y nadie se animaba a mencionarlo. Con su figura esbelta, el bigote bien cuidado y los ojos azul acero parecía un oficial en retiro, bien conservado. Tenía buenos modales y era tan altivo que se hacía difícil acercársele. Si bien pocos conocían su delito, también pocos contaban con su confianza. Aparte de su estatura marcial y el orgullo encerrado, Casimir disponía de una memoria extraordinaria. Había leído y releído todos los libros de la biblioteca. El *Petit Larousse* se lo sabía casi de memoria y con artículos de revistas viejas formó una colección enciclopédica sobre los asuntos más diversos. Para los aficionados a los crucigramas y a la gimnasia cerebral, que a veces gozaban de su simpatía, era una fuente abundante de conocimientos. ¿La cumbre más alta del Atlas? ¿La distancia entre la tierra y Venus? ¿La evolución secular de la lupina ártica o la constitución química del agua de mar? Casimir lo sabía.

Cuando estaba de humor meditativo, podía ocurrir que me diera una enseñanza filosófica.





Como la tarde de aquel domingo en el jardín.

—La felicidad —así argumentó— no existe. Es un invento abstracto del hombre que quiere nombrar la sublimación de sus aspiraciones. Dentro de sus límites, el hombre se esfuerza con un suspiro nostálgico por un paraíso perdido que nunca existió, así como por la imposibilidad de la perfección y de lo absoluto. Da nombre y figura humana a sus sueños sobrehumanos: Dios, libertad, inocencia, amor, espacio, eternidad. Este deseo es absurdo y en ese absurdo el hombre sigue haciendo intentos desesperados y dolorosos para liberarse de sus inevitables deficiencias. Sólo cuando el hombre, en una reflexión lógica y serena, se dé cuenta de sus limitaciones naturales y acepte que la perfección absoluta no está hecha para él; de modo que Dios, libertad, inocencia, eternidad, etcétera no existen: la vida, *más allá del Bien y del Mal*¹, será soportable. Es el arte del compromiso.

La tesis era clara como el cristal y por supuesto, tan vieja como el mundo. Tal vez la había leído en algún texto de Kant, Hegel, Schopenhauer o quizá Sartre. O en cualquier novela de Zolá.

—Sin embargo cada hombre, incluso en las circunstancias más desesperadas, continúa aspirando a la felicidad —dije—. Lo imposible debe de ejercer una gran atracción.

—Lo sé —respondió—. Desde luego, el hombre se empeña en satisfacer sus gustos y a la meta final del principio del gusto la llamamos “felicidad”.

También eso lo había leído. En los libros de Sigmund Freud, autor favorito de intelectuales psicópatas.

¹ *Jenseits von Gut und Bösen!* (Friedrich Nietzsche)

Ilustraciones: Birches, Charles H. Woodbury, 1920



Me sorprendió aprender esta lúcida tesis de resignación y relatividad de alguien que, como Ícaro, imprudente y sin sentido, se había rebelado contra las limitaciones humanas y llevaba ya treinta y dos años gimiendo sobre sus alas sangrantes. ¿Esta resignación era el fruto maduro de su encierro? ¿O como un pagayo, recitaba una lección?

—Si la felicidad no existe, lógicamente hablando, la desgracia tampoco existe —le dije—. Por nuestras regiones anda un gurú de la India que afirma que por medio de la meditación uno puede suprimir todas las restricciones y los anhelos. También él predica la doctrina de un equilibrio interior basado en el compromiso. Tú, después de todos estos años, ¿has logrado desarrollar el arte del compromiso hasta el punto de que puedas carecer de la libertad sin sentirte infeliz por ello?

Era una pregunta impertinente, casi brutal, que penetraba hasta el núcleo de su intimidad y que desde luego podía herir su orgullo.

Se encogió de hombros:

—Ser libre es una cuestión de independencia. No soy más dependiente que los demás. Estoy ligado a los guardias y los guardias están ligados a mí. Estoy atado a cadenas, que nada más son simbólicas; ellos están encadenados a su mujer, a los hijos, al trabajo, a la televisión, a su seguro social. Me traen comida, me

dan medicinas y no me pueden perder de vista ni un minuto. Si doy un paso, el guardia también tiene que dar un paso. Yo escojo la dirección. Claro, una dirección en un espacio determinado, pero *él* tiene que seguirme. De hecho, el guardia es menos libre que yo.

Algo no cuadraba en su razonamiento, pero guardé silencio pues no quería violar su última ilusión.

Sobre nuestras cabezas se desprendía el olor del saúco y el canto de un mirlo anunciaba que iba a llover.

—¿Cómo se llama aquel gurú? —me preguntó un poco después.

—Maharashi Mahesh Yogi —le dije.

Casimir escribió el nombre con esmero en su libreta de memorias. Se mojó el bigote con la punta de la lengua y contento se frotó las manos.

—Es otro más de los engañadores que tengo que eliminar —me dijo.

—¿Engañadores? —pregunté inocente.

—Son unos bribones sin escrúpulos que roban mis ideas para andar pavoneándose con ellas. Cuando esté libre los mataré, uno tras otro.

Miraba hurañamente a su alrededor y me enseñó la libreta, donde estaban escritos los nombres de veinte personas ilustres, condenadas a muerte. En efecto, Sartre estaba entre ellas. **▲▲**

Traducción de Fons Lanslots